

las burlas que tanto amargaran su vida en otras partes. No debió allí ver tan adustos rostros como aquel de Talavera, sumamente airado á la consideración de que divertía el proyectista con sus proyectos la general atención de un objeto tan predilecto y tan preferente como la reconquista de Granada. El padre Deza oía con arrobamiento á Colón, y confiaba en él y en Dios revelador con viva fe. Los frailes dominicos le trataban como á un hermano más, y le asistían en sus dolores con los consuelos debidos por una grande amistad y con los manuscritos de una biblioteca escasa en impresos todavía, por no haber pasado ni medio siglo siquiera tras el hallazgo de la imprenta. La dehesa de Vallcuevos le ofrecía reposo, esparcimiento, solaz, tiempo y lugar para sus estudios, espacio y silencio á los recogimientos en sí mismo y á las absorciones en el ideal. Todavía enseñan las gentes el altillo desde donde miraba los horizontes y cielos, llamado Teso de Colón! Cuántas veces en aquellas infinitas llanuras de Castilla, bajo el cielo encendido y caldeado por los ardientes rayos del sol de nuestra España, vería en los vapores condensados por las nubes recamadas de púrpura y violeta y gualda, sobre las líneas del ocaso agruparse las islas y los archipiélagos que llevaba sobre su espíritu como sobre inmenso mapamundi, entre los esplendores del crepúsculo multicolor, y surgir la región de Cipango con el reino de Catay, perfumados por especias embriagadoras, revestidos de rubíes y esmeraldas, con casas de plata maciza, con templos de oro puro, con paredes en topacios y brillantes embutidas, de bosques henchidos por alados coros y ornados por gayas flores, y con una corona de reverberaciones ideales, en las que iban engarzados versículos de Isaías con hexámetros de Séneca y de Virgilio, ensueños sibilinos con capítulos evangélicos, formando y componiendo el sublime conjunto de otra nueva creación. Lo cierto es que hoy no podemos penetrar en el salón inmenso de San Esteban, llamado todavía *De Profundis*, quizá por lo mal que alumbran sus espacios los ventanillos aquellos, parecidos á tragaluces tristísi-

mos, sin que bajo sus diez y seis grandes arcos la memoria recuerde y la imaginación evoque las angustias que desde las cumbres del Cáucaso á las cumbres del Calvario han experimentado todos los redentores cuando han querido romper el eslabón de una pesada cadena ó encender la lumbre de un progresivo ideal.

Lo cierto es que cuando recomponemos con el pensamiento la Universidad, y penetrando por la maravillosísima portada reconstruimos sus espacios, al rehacer aquella capilla, cuyas bóvedas, pintadas de finísimo azul, resplandecían á una con cuarenta y ocho imágenes de la llamada entonces octava esfera, todas labradas en oro, y oímos en idea el reloj complicado en que bella luna de plata ofrecía todos los fenómenos astronómicos vulgares y corrientes, no podemos menos que descubrir la vista y la idea de Colón fijadas allí como un término brillantísimo de aquella serie de revelaciones, por las cuales hemos escudriñado los misterios del universo, y entrevistas desde nuestras penas y nuestros dolores, un sobrehumano ideal. Es lo cierto, lo histórico, lo indudable, que tras las conferencias de Salamanca, celebradas en comienzos del 87, diéronse por los Reyes las oportunas órdenes para la entrega de recursos al descubridor, y se proveyó para que lo tratasen como adscrito á Real servicio y le reconocieran derecho, doquier que fuese, á posada y alojamiento. En legajo de cuentas llevadas por el tesorero Francisco González de Sevilla, que puede cualquiera ver trasladadas al tomo II de la célebre colección de Navarrete, hállanse las partidas siguientes: «En dicho día 5 de Mayo de 1487 di á Cristobal Colomo, extrangero, que está aquí haciendo algunas cosas complideras al servicio de sus Altezas, tres mil maravedís, por cédula de Alonso de Quintanilla, con mandamiento del Obispo de Palencia.» «En 27 de dicho mes (Agosto de 1487) di á Cristobal Colomo cuatro mil maravedís para ir al Real, por mandado de sus Altezas y por cédula del Obispo. Son siete mil maravedís con tres mil que se le manda-

ron para ayuda de costa por otra partida de 3 de Julio.» «En dicho día (15 de Octubre de 1487) di á Cristobal Colomo cuatro mil maravedís, que sus Altezas le mandaron dar para ayuda de costa.» «En 16 de Junio de 1488 di á Cristobal Colomo tres mil maravedís por cédula de sus Altezas.» Como se comprueba patentemente por estos datos históricos, así como desde la presentación á la Junta oficial celebrada en Córdoba y presidida por Talavera, no hay rastro de auxilio á Colón; en cuanto á Salamanca llega y se presenta, por Deza dirigido y aconsejado, á las Juntas extraoficiales de Salamanca, empiezan los auxilios demostrativos de que los Reyes habían venido en socorrerlo y sustentarlo con el fin de prosperar su plan y moverle á su viaje.

Á no dudarlo, en Salamanca entonces debían vagar las ideas capitales del Renacimiento, despertadas por la evocación de los autores griegos y latinos, llamados á compartir la historia y la ciencia con los cristianos en aquella pascua de resurrección. Seguramente no habrían de faltar los empeñados en aplicar al proyecto del vidente la excomunión mayor, contenida en la *Ciudad de Dios*, del inspirado San Agustín, contra todos cuantos de antípodas hablasen, y en recordar aquellas donosuras de Lactancio, que tan ligeramente se burlaba de un hemisferio como el opuesto al boreal; hemisferio donde los árboles crecerían hacia abajo y las nubes lloverían hacia arriba. No habría de faltar tampoco quien porfiara en declarar inhabitables, tanto la zona tórrida, como la zona polar, no obstante haber Colón estado y vivido en Islandia y en Guinea. Para muchas de aquellas gentes universitarias, el único hemisferio bueno era el hemisferio boreal, pues en el austral todo se vuelve confusión y caos, como indica el mar tenebroso, que comienza de suyo allende la punta del apartadísimo africano Bojador. Pero junto á estas ideas, que miraban á lo pasado, corrían por el cielo de las almas ideas que miraban á lo por venir; junto á las obscuridades y sombras espesísimas lucían destellos deslumbradores. Virgilio é Isaías

uníanse dentro de confusa palingenesia en los mismos pensamientos y en las mismas esperanzas. Según tales ensueños, mientras el profeta de Jerusalén anunciaba una especie de Ciudad del Sol, hogar de Dios, alrededor de la cual florecen los desiertos, que toman la magnificencia del altísimo Líbano, y dentro de cuyo recinto ven los antes ciegos y los antes mudos hablan; el profeta de Roma, ungido mil quinientos años después de sus profecías como un doctor cristiano por el Dante, anuncia que un orden nuevo nace del seno alterado de los siglos, que baja nueva progenie del cielo, que llega un Redentor, por cuyas leyes y revelaciones perderá la tierra el borrón de sus pecados, y el espíritu la sombra de sus errores, y su fiereza el carnicero león, y su astucia la tentadora serpiente, y las adelfas su veneno; el cual Redentor lo purificará todo de tal suerte, que se llenará el campo de doradas espigas sin necesidad alguna del trabajo, y la vid, por su parte, de racimos dorados, y la dura corteza del roble destilará mieles, y el vellón de los corderos se teñirá de iris, y la juguetona cabra irá de grado, con sus tetas cargadas, al aprisco, y las vacas al establo, y las hierbas no sentirán el filo de las hoces, ni el buey la pesadumbre de los yugos, y las colinas se coronarán de azucenas, y los valles abundarán en aromas asirios, y el planeta en sus fundamentos, y el Océano en su lecho, y el cielo en sus abismos, habrán de saludar este nuevo reinado de Saturno y este nuevo día de Astrea, cuya gloria esplenderá tanto, que no podrán loarla ni Lino, ni Orfeo, y el mismo Pan arrojará lejos de sí el caramillo y la flauta, con que despertaba las ninfas en los arroyos y hacía resonar las azules montañas de Thesalia, dejando á otro poeta mayor que cante tal florecimiento de la Naturaleza y del Alma en cánticos cuyos ecos asombren y suspendan á todo el universo. Estas ideas religiosas, estas esperanzas sibilíneas, estos ensueños tesálicos embargaban de tal suerte los ánimos y los espíritus entonces, que un hombre dotado de un genio gemelo con el genio de Colón, un hombre de intuiciones y de profecías, un revelador también, Miguel An-

gel, ponía por estos mismos años los profetas y las sibilas juntos en el cielo inmortal de sus creaciones.

Tenemos en los libros de la época múltiples noticias indicatorias del cruce de ideas confusas que había en los espíritus. Como ni Vives ni Bacon habían aún convertido la observación de los fenómenos naturales hacia el estudio de la realidad, y como ni Pereira ni Descartes habían convertido la observación de los fenómenos psíquicos hacia la conciencia, predominaba un criterio histórico, el cual oía, como los antiguos oyentes la voz del oráculo, aquellos juicios de los autores clásicos, recién resucitados y venidos de sobrenaturales regiones y esferas, mezclados con los juicios confusos y vacilantes de los autores cristianos. Así, por ejemplo, Alberto Magno certificaba la existencia de dos clases de negros etíopes, adscritos á dos opuestos hemisferios. Pero estas afirmaciones del gran doctor medioeval no podían en modo alguno contrastar el décimosexto libro de la *Ciudad de Dios*, en que San Agustín traza una Historia universal copiada literalmente de la Biblia, y niega la existencia de los antípodas á causa de su imposible descendencia de Adán y de lo embustera que aparecería la bendición á los hijos del patriarca Jacob y el reparto de la tierra trazado en el divino *Génesis*. Mas aquellos ilustres universitarios contendían igualmente sobre la dispersión del género humano á los cuatro extremos del cielo, que sobre la distribución de lo sólido y de lo líquido en el desconocido planeta. Y mientras los enemigos de Colón aseguraban resultar en sus cálculos el Océano extensísimo, y, por ende, imposible hallar en él tierras bajando á Occidente, por la dificultad incontrastable de remontarlo y de volver, sus amigos, fundados en Esdras y en su capítulo vi, aseguraban ser la tierra seis veces mayor que la mar, y, por consiguiente, facilísimo el encuentro por Occidente de las Indias orientales, cuyo extremo debía estar muy cerca de las columnas del divino Hércules y del mar de la hermosa Gades. Colón mantenía todas estas aserciones últimas con grandísimo empeño, se-

gún el P. Las Casas nos dice, fundándose, al par que sobre los versos del profeta Esdras, tan seguido entonces, sobre los libros del cardenal Aliaco, su oráculo, quien también restringía el mar y agrandaba la tierra, apoyado sobre noticias y especies de Aristóteles, de Séneca, de Plinio, los cuales debían, según él, conocer mucho la tierra, por una razón bien extraña, porque los dos primeros fueran preceptores de Alejandro y Nerón, así como el último amigo de Trajano, tres emperadores errantes y viajeros, quienes debían tener, por sus viajes continuos y por su vida nómada, copiosas noticias del reparto de la tierra nuestra y del carácter de las agrupaciones humanas. Y aquí no se detenían las razones de autoridad en que los partidarios de Colón se fundaban, pues recogían á granel abundantísima cosecha de obras en obras, como la *Historia Natural* de Plinio, cuyo libro II, capítulo LXVII, hablaba de nociones referentes al mar y sus secretos, bastantes para desatinar y aturdir al más experto, como de la facilidad completa de navegar los mares del ocaso, como de la exploración de costas indias por los antiguos seleucidas herederos en Siria del poder y gloria de Alejandro, como de las navegaciones que partiendo de la Bética recorren además de aguas mauritanas otras meridionales más adentro, como de los restos de naves hispanas, vistos por Cayo César al tiempo de Augusto en el golfo arábigo, como del viaje circunvalador del cartaginés Hannón, lleno de reveladores indicios, como del arribo de un Eudoxio á Cádiz por ignotos y misteriosos rumbos, huyendo de Ptolomeo, como de cien otras indicaciones, á cual más congruente con los proyectos oídos entonces y con los resplandores varios que servían á darles crédito y autoridad con alguna consistencia. Á su vez Macrobio, en el segundo libro de sus *Comentarios al Sueño de Escipión*, también ofrecía en aquellos tiempos armas á los amigos de Colón, pues con muchos errores mezclada, sostenía vagamente la redondez del planeta y la existencia del antípoda. É igual parecer compartían Polibio, Mela, Solino, citados varias veces por Las Casas en los primeros

capítulos de su grande *Historia de las Indias occidentales*, tan favorable al recuerdo y al nombre de Colón.

Y con el problema de los antípodas uníase también otro problema, referente al carácter de habitable que tienen la zona tórrida y la zona helada, negados generalmente, á pesar de haber dicho Colón que habitara él en Islandia y en Guinea. Despreciando tales pruebas prácticas ó experimentales, íbanse los contentientes á pruebas de autoridad, y decían cómo Aristóteles poblaba en su libro de *El Mundo* la mar occidental con islas numerosas y aun con tierras ó continentes mayores que nuestro mundo conocido, todo ello muy habitable; cómo Lucano aludía en sus poemas á una clase de árabes misteriosos esparcidos por desiertos ignotos; cómo le mostró y enseñó Marciano á Plinio la existencia cerca del Polo Norte de los hiperbóreos, tan felices, que se creían en sus bosques bajo las ramas de los elíseos campos, y tan longevos que para sucederse tenían que suicidarse, arrojándose de cabeza desde las montañas más encumbradas y eminentes, cosa también frecuentísima en las zonas tórridas, refrescadas por el oceánico aliento; cómo dos autores de tan diversa índole cual Avricena y cual Anselmo, hablaban de archipiélagos perdidos y olvidados, á manera de ingentes madreperlas, en las aguas del mar tenebroso; cómo Platón, en sus dos sublimes diálogos del Timeo y de Critias, conmemora una incomparable tierra, denominada, según las tradiciones egipcias recogidas por los varios sacerdotes en sus templos, testigos de la historia y depositarios de la tradición, Atlántida; tendida, con arrecifes de corales y bosques de palmas y mares de ópalos y montes de pedrería, entre las columnas del Divino Hércules y las costas occidentales del África y el extremo de Asia, que se habían tragado los abismos, y que aun mostraba sus residuos en los bosques de plantas variadísimas é inclasificables, donde los barcos enredaban sus quillas y detenían sus moles; cómo los platónicos habían recibido las ideas respecto de su Atlántida misteriosa del sabio legislador Solón, y Solón del

misterioso río Nilo; cómo los principales geógrafos clásicos sumaban á una con esta sumersión la de Acarnania por el golfo ambracio, la de Acaya por el golfo corintio, la de una parte del continente asiático y otra del europeo por la Propóntide y el Pontho, la ruptura entre los dos bordes espléndidos del Bósforo y la formación relativamente recentísima de Geslos; como Séneca, en el sexto libro de sus *Morales*, atribuye á Tucídides el intento de señalar una fecha irrevocable á la sumersión del continente atlántico; cómo ciertos rumores hablaban de la unión del suelo africano con el europeo suelo, por medio de un istmo formado entre las dos riberas del Estrecho, y además hablaban de haber desaparecido un brazo entero del Guadalquivir, y hablaban de haberse llenado con ovas y ramajes y algas las aguas al ocaso de Canarias; cómo San Ambrosio anunciaba en sus *Disertaciones sobre vocación de las gentes* una esperanza clara y segurísima de abrir y patentizar apartadas regiones donde nuevas razas recibirían la luz y revelación del Evangelio: confusas y contradictorias noticias, en las cuales hubiera podido perderse cualquier incierto espíritu ó cualquier irresoluto ánimo; pero no Colón, aquel profeta de absoluta confianza en sus profecías, quien, dentro de tal mar de confusiones, formado con tantos caudales de ideas, unas por él conocidas y desconocidas otras, oía su vocación segura, del cielo transmitida, y caminaba con firme é incontestable voluntad á la realización y cumplimiento de su divino ideal.